

El Señor Krishna permite que lo aten

Narrada por Eesha Sardesai

Hace muchas *yugas* en la India, el Señor, en su forma de Shri Krishna, vivió sus primeros años en los exuberantes campos y arboledas de la aldea de Gokul. Fue una época encantadora para los granjeros y vaqueros que tuvieron la buena fortuna de vivir ahí. Todos los días, el joven Krishna creaba un *lila* nuevo—un juego nuevo, un pasatiempo divino— para que ellos lo presenciaran, se maravillaran y aprendieran.

Un buen día, la madre adoptiva de Krishna, Yashoda, estaba sentada en las escaleras exteriores de su casa, con una olla grande de barro frente a ella. La olla estaba llena de crema, y al centro había una gruesa clavija de madera con una cuerda atada alrededor. Yashoda tiraba de un extremo de la cuerda y la clavija giraba, primero hacia un lado y después hacia el otro. Ella estaba haciendo *makhan* —mantequilla—.

Jalaba un lado de la cuerda y luego jalaba el otro, su rostro brillaba con el sudor, el cabello se le pegaba a la frente mientras la crema iba engrosándose en mantequilla a regañadientes. Tan absorta estaba en su tarea, que no se dio cuenta de que Krishna se acercó a ella desde el interior de la casa.

— *¿Maiyya?* — Surgió su dulce y angelical voz. Estaba aún muy pequeño en aquel tiempo, apenas había dejado de ser un bebé —. *¿Mamá?*

Yashoda levantó la vista con sobresalto. Krishna estaba parado frente a ella, tenía su carita manchada con kohl. Parecía que había estado llorando.

— ¡*Maiyya!* —repitió petulante antes de que Yashoda pudiera preguntarle qué ocurría—. ¡Tengo hambre! Por favor, dame algo de comer.

Yashoda sonrió cuando él dijo eso, relajando sus hombros.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

Tomó al pequeño en su regazo, le dio una bolita de mantequilla y continuó batiendo.

No obstante, poco después, Yashoda se detuvo nuevamente. Krishna le parpadeó. Había una mirada de pánico en su rostro.

—¡La leche! —exclamó Yashoda—. ¡La dejé en la estufa! ¡Hervirá en cualquier momento!

Apartó a Krishna de su regazo precipitadamente y corrió hacia la casa. Krishna la vio alejarse, sus cejas se juntaron, sus labios cayeron en un puchero que comenzó a temblar gravemente. ¡A su mamá parecía importarle más la leche que él!

Vio la olla de mantequilla. De pronto, tuvo una idea. Caminó hacia la olla, jaló hacia fuera la clavija, y entonces..., ¡*crrrrraaaaassh!* De un golpe había estrellado la olla con el palo.

Volaron trozos de olla por todas partes, la cremosa *makhan* blanca salpicó toda superficie a la vista. No queriendo desperdiciar mantequilla, Krishna juntó nubes de ella —tantas como cupieron— en un tazón que estaba cerca. Abrazó el tazón contra su pecho, se lamió los dedos, y salió corriendo con su premio.

Yashoda, que había escuchado el ruido de la olla al romperse, se apresuró a investigar. Pero, para entonces, Krishna ya se había ido. Ella miró alrededor los restos de su trabajo del día, pedazos de olla desperdigados por los escalones de la entrada y el suelo resbaladizo por la mantequilla.

Yashoda cerró los ojos y frotó sus sienes. Sabía que su Krishna era travieso, pero eso ya era demasiado. ¿Por qué siempre causaba tanto alboroto? ¿Cuántas veces volvería a robarse la mantequilla? Suspirando, metió las puntas de su sari en su falda y se dispuso a encontrarlo.

Krishna, siendo el Señor encarnado, podía permanecer oculto el tiempo que quisiera. Fue por su voluntad, y por su compasión, que se reveló a los demás. Entonces, observó desde su posición elevada en un árbol cercano a la casa, mientras Yashoda corría alrededor gritando su nombre, asomándose en los arbustos y preguntándole a los vecinos a dónde había ido su hijo robamantequilla.

Después de que esto continuó por un tiempo, y Yashoda comenzó a verse muy desesperada, Krishna tuvo compasión de ella. Sacudió las hojas del árbol para llamar su atención.

Inmediatamente, Yashoda miró hacia arriba. Su hijo se encontraba completamente absorto aventando bolitas de mantequilla a unos monos con los que compartía su árbol. Después de unos cuantos lanzamientos, hacía una pausa y cogía mantequilla para él.

—¡Krishna! —Yashoda gritó con voz severa—. ¡Baja de ese árbol inmediatamente. Basta de travesuras!

Krishna le lanzó una sonrisa deslumbrante y se deslizó hacia abajo con obediencia. Aterrizó frente a ella, con unos enormes ojos de inocencia y la boca y las manos llenas de mantequilla.

— ¿Me estabas buscando, *maiyya*?

— Estaba... ¿Que si *te estaba buscando*? — dijo incrédula.

Sacudió la cabeza y, sin decir palabra, jaló a Krishna de la mano rumbo a la casa.

— Quédate aquí — dijo ella cuando llegaron al primer escalón —. *No te muevas*.
Regreso en seguida.

Y desapareció dentro de la casa.

Poco después, reapareció con una larga cuerda enrollada sobre sus brazos.

— Te voy a atar a este poste — dijo ella, señalando una de las columnas de la casa —. No más huidas. No más ollas de mantequilla destrozadas.

Krishna solo miró a Yashoda con aquella misma sonrisa con hoyuelos. Su expresión era tan angelical, que ella casi se retracta. En realidad, su corazón se había derretido desde que lo encontró en el árbol. Pero era lo que tenía que hacerse. No podían continuar los disparates. Ella se endureció antes de proceder a sujetarlo con la cuerda.

Sostuvo un extremo de la cuerda, y con el sobrante, ató uno de sus brazos a la columna. Sin embargo, cuando intentó pasarla por el vientre de Krishna, algo de lo más extraño sucedió. ¡La cuerda era muy corta!

Yashoda no pudo entenderlo. Estaba segura de que la cuerda sería lo suficientemente larga. ¡De hecho, había pensado que era mucho más larga de lo que la necesitaba! Intentó tirar con más fuerza, pero fue en vano. La cuerda no alcanzó a rodear al Señor.

Decidida a lograr lo que se había propuesto, Yashoda fue a buscar un poco más de cuerda. Amarró este nuevo trozo a la que había estado usando, la pieza combinada se extendía ahora a lo largo del patio. Satisfecha, Yashoda se volvió hacia su hijo y trató de pasar la cuerda alrededor de él.

Sin embargo, una vez más —y sin razón ni explicación lógica— sucedió lo mismo. La cuerda era muy corta.

—¿Cómo? —jadeó Yashoda.

Desesperada e insegura de qué hacer, siguió tirando y tirando de la cuerda. Continuó buscando trozos cada vez más largos, tratando de unirlos con la esperanza de, por fin, tener una pieza lo suficientemente larga para atar a Krishna. Así, las horas transcurrieron. Los brazos de Yashoda se debilitaron por el agotamiento. Su respiración se volvió irregular. No importaba lo que hiciera, la cuerda resultaba siempre un par de dedos más corta.

Finalmente, Yashoda dejó caer la cuerda de sus manos. Vio a su hijo como si fuera la primera vez que lo mirara, con la boca entre abierta y una pequeña línea entre las cejas. Krishna, que había permanecido en silencio todo ese tiempo, simplemente la miró. Sus ojos brillaron.

Conforme Yashoda siguió mirándolo —con un desconcierto que se volvió asombro, y un asombro que se volvió embeleso—, sintió un cambio en su interior. El amor —en grandes oleadas— brotó de su corazón. Reverencia y devoción inundaron su ser. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Krishna sonrió.

—*Maiyya* —dijo—, ¿quieres intentarlo de nuevo?

Y con eso, el Señor levantó los extremos de la cuerda y se los ofreció a Yashoda.



© 2019 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta historia está basada en un cuento clásico del Señor Krishna que se narra en el *Shrimad Bhagavatam*, o Bhagavata Purana. Este cuento se conoce como *damodara-lila*. Damodara es uno de los nombres del Señor Krishna, que significa “Aquel que tiene una cuerda atada alrededor de su cintura” y se recita en el *Shri Vishnu Sahasranama*.